ordinario concurso de gente á primeras y segundas vísperas y á la misa, todo su oficio con escogida música, como se hace cada año. Aquí reposa ahora el santo cuerpo, con una lámpara que arde siempre debajo del altar, y su imágen sobre él, y muchos votos al rededor, creciendo cada dia la devocion y el concurso. En el ínterin su santa alma, que en el cielo goza de otra más levantada honra, ruegue por los que en la tierra veneramos sus reliquias, y alcance gracia del Señor con que merezcamos el cumplimiento de las promesas del Hijo de Dios, al cual con el Padre y con el Espíritu Santo sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

LIBRO TERCERO.

Sepulcro que contiene el cuerpo de S. Luis Gonzaga.
Está en el altar dedicado al Santo en la iglesia de S. Ignacio, de Roma.

CAPÍTULO I.

I.

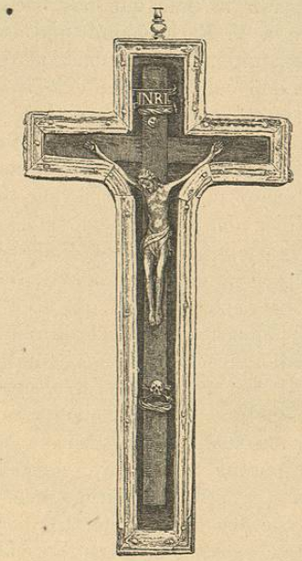
De algunas cartas que se escribieron despues de su muerte.

Despues que san Luis pasó á mejor vida, escribieron diversas personas de mucha autoridad algunas cartas, en que daban testimonio del gran concepto de santidad en que le tenian. Muchos escribieron á la Marquesa su madre, y entre ellos el Ilmo. cardenal Jerónimo de la Róvere, el Ilmo. cardenal Escipion Gonzaga, el P. Claudio Aquaviva, General de la Compañía, el Padre rector del colegio Romano,[1] y todos hablan con encarecimiento de la santidad de este bendito hermano, y por no alargar esta historia no se ponen aquí sus palabras. Sólo añadiré un testimonio del concepto grande en que el dicho cardenal Gonzaga le tenia, que por ser de tan buen testigo como el papa Clemente VIII, es digno de no perderse. Sucedió que este Pontífice se halló un dia, que fué á los 5 de agosto de 1604, con el Marqués de Castellon embajador del Emperador, y Su Santidad de suyo metió plática de las alabanzas de san Luis: entre otras cosas dijo, que el cardenal Escipion Gonzaga le habia muchas veces hablado de esta materia, y díjole la virtud y santidad grande de aquel joven, confesándole de sí, que cuantas veces le veia, con sólo verle se hallaba devoto y compungido, por la gran

santidad que resplandecia en él. Contaba esto el Pontífice con tanto sentimiento y afecto, que antes de acabarse la conversacion se le saltaron casi las lágrimas de los ojos, y dijo estas palabras: «Dichoso él, que ahora estará contento y alegre en «la gloria. Muchas veces he pensado cómo V. E. ha podido «verse libre de tantos peligros como ha tenido. Este es sin «duda el que le ha librado, y el que ha puesto en paz las «cosas de su casa. Buen protector tiene en el cielo, que le «defenderá siempre y le guardará de todo mal.»[2] No fué inferior el concepto de la serenísima y santísima señora archiduquesa D.ª Leonor de Austria duquesa de Mantua, como se ve por una carta que en esta ocasion escribió á la señora Marquesa de Castellon, la cual anda impresa con su Vida,[3] y dice así:

«Considerando el sentimiento tan vivo que en V. S. I. «habrá causado la pérdida del Padre D. Luis su hijo en tan «florida edad, y midiéndole por el que yo he tenido sin ser «mi hijo, si bien siempre le quise y amé como si lo fuera, no «puedo menos de tener compasion á V. S. I. y á toda nuestra «casa, pues la pérdida es comun á toda ella, hablando segun «la naturaleza, á cuya fuerza no podemos resistir mientras «estamos vestidos de carne, sin el ayuda y socorro de la gracia. «Con todo eso, si lo consideramos y pensamos más sin pasion «cómo aquella bendita alma, roto ya el oscuro velo de esta «carne, voló á la luz eterna, donde estando ya en posesion del «glorioso fin, á que con tan largas jornadas caminaba en este «valle de trabajos y miserias, podrá mejor y á menos costa «representar á su Dios nuestras peticiones; alabarémos sin duda «y darémos mil gracias á su divina Majestad, por haberle «sacado en lo mejor de sus años del lodo de este mundo, y «hécholo ciudadano de la celestial Jerusalen; y con todo esto «nos consolarémos por nuestro propio interés, viendo á nuestro «intercesor, que de hombre mortal ha subido á tan diferente «estado de ángel del cielo, etc.» Tras esta carta añade el autor de aquella Vida para su mejor inteligencia estas palabras: «El dicho Sr. D. Luis Gonzaga fué hijo primogénito del marqués «don Fernando de Castellon, el cual desde niño vivió una vida «de ángel, renunció el Estado en su hermano segundo, entró «en la Compañía de Jesus, murió de edad de veinte y cuatro «años poco más ó menos, y verificóse en él lo que dice el Sabio:

«*Consummatus in brevi explevit tempora multa, placita enim* «*erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum* «*de medio iniquitatum.* Que quiere decir, que en poco tiempo «alcanzó tanta perfeccion como si hubiera vivido muchos años; «y porque su alma era agradable en la presencia de Dios, por «eso el mismo Señor la sacó con tanta priesa de en medio «de los peligros y pecados de este mundo. Sabida su muerte,



Crucifijo
que tuvo S. Luis frecuentemente en el pecho los tres últimos dias de su vida.
Es propiedad de la Provincia de Aragon, de la Compañía de Jesus.
(Véase el libro II, cap. 30 y 32, y nota 29.)

«dijo Mad. Leonor muchas cosas en su alabanza, repitiendo «muchas veces: Era un santo; es muerto un santo.» Hasta aquí son palabras de aquel autor. Otros refieren que aquella señora dijo muchas veces que este seria el primer Santo de la casa Gonzaga. Añadamos otra carta del Sr. Tomás Mancini[4] para la misma señora Marquesa, en la cual, por haberse hallado al entierro de san Luis, habla como testigo de lo particular que en él sucedió, y dice así:

«Excma. é Ilma. Sra.:

«Aun todavía estoy en duda si tengo de dar el pésame «ó el pláceme á V. E. del dichoso tránsito que el bendito «P. Luis ha hecho á mejor vida, porque no sé si con el «afecto materno ha podido más la pérdida propia que la «riquísima y preciosísima ganancia de vuestro hijo. Yo no «puedo dejar de sentir la falta que nos hace una tal persona, «y la lástima que á V. E. le habrá quedado de no haberle «podido ver en esta última enfermedad; pero no puedo dejar «de alegrarme de que con su santa vida haya conquistado el «cielo, á donde todos creen que se fué derecho, dejando «grandísima opinion de santo, no sólo en Roma sino en todo «el mundo. No se podia prometer más aunque viviera los «años de Noé, cuánto más de un joven de veintitres años. «El jueves á las diez de la noche dió el alma á su Criador, «y ayer tarde á 21 de junio fué su entierro en la iglesia de «la Anunciada del colegio de la Compañía, donde yo me hallé, «y no dejaré de decir que no sólo aquellos Padres hacen gran «cuenta de las reliquias que quedaron suyas, sino que el «pueblo que se halló presente le cortaba pedazos de los ves- «tidos para llevarlos por reliquia, y si añadiese más no men- «tiria, pero déjolo, porque entiendo que lo sabrán decir mejor «y lo dirán los mismos Padres. No se sabe hasta ahora «milagro suyo, ó porque no le hay, ó porque está secreto; «pero la devocion que públicamente se tiene con él es como «con los Santos que los han hecho. Y hoy sábado, 22 de «junio, he oido que muchos señores hacen grande instancia «por haber alguna cosa suya: que son las razones que me «hacen dudar de llorar y sentir esta muerte. Ya hay quien «ha comenzado á escribir su vida, y al señor Cardenal le han «ofrecido de dársela en acabándose, el cual, si bien la nueva «de la muerte le llegó al alma, pero viendo estas cosas se ha «consolado, y ahora hace tambien instancia porque le den «alguna cosa suya. Otra cosa se me acuerda que decir; y es «que la semana pasada, yendo yo á visitar al P. Luis, pro- «nosticó su muerte con grande alegría, y me dió dos cartas «que envié á V. E. hoy hace ocho dias, firmadas de su mano, «rogándome que las encaminase por via segura, y diciéndome «que aquellas serian las últimas que escribiria á V. E. y al

S. Luis Gonzaga.
De un grabado antiguo, cuyo dibujo fué hecho por el H. Andres Pozzi, de la Compañía de Jesus.

«señor Marqués su hermano. Esto he escrito para consuelo «de V. E., que tiene bien con qué consolarse, dejando á otros «el campo libre para que hagan más larga relacion, y rogando «á V. E. no se altere, sino pida á su hijo le alcance de Dios «la paz y quietud de su excelentísima casa, que su intercesion «será siempre de mucho efecto.

«De Roma, 22 de junio de 1591.»

Por estas cartas se ve bien el concepto grande de santidad que hubo de san Luis desde el punto en que murió.

CAPÍTULO II.

Del singular testimonio que dió el Ilmo. cardenal Belarmino de la santidad de san Luis.

A las cartas referidas en el capítulo pasado añadirémos en este un testimonio de sus virtudes interiores, de que muchas veces hemos hecho mencion en esta historia, el cual dió el Ilmo. cardenal Belarmino, pidiéndole yo que, como persona que habia tratado tanto tiempo en el colegio Romano á este santo hermano, y habia sabido lo interior de su alma y los dones con que Dios la habia enriquecido, se sirviese de darme por escrito lo que en este particular se le ofrecia. S. S. I. lo hizo, escribiendo un papel de su mano, y enviándole desde el Vaticano donde á la sazon posaba; y si bien el dicho simple de un cardenal es de tanta autoridad por la dignidad de la persona, que basta para hacer fe y plena probacion en la Curia romana, como lo enseñan Panormitano[5] y otros doctores, y para mí bastaba aquel papel, como de persona tan conocida en todo el mundo por la luz de la doctrina y por el ejemplo de su vida; con todo eso, para dar mayor fuerza á la verdad y satisfacer á todos, procuré que S. S. I. reconociese y jurase aquel papel, como lo reconoció y juró ante un notario de la Cámara apostólica. El papel á la letra es el que se sigue:

«Muy reverendo Padre mio: Con mucho gusto responderé «á lo que V. R. me pregunta, porque juzgo que es gloria de

«Dios nuestro Señor que se sepan los favores que su divina «Majestad hace á sus siervos. Yo confesé largo tiempo á «nuestro dulcísimo y santísimo hermano Luis Gonzaga, y una «vez le confesé generalmente de toda su vida, y me ayudaba «á misa, y trataba y comunicaba conmigo con afecto y gusto «de cosas de nuestro Señor. Por la noticia de estas confesiones, «y por la comunicacion y trato que con él tuve, me parece «que con toda verdad se pueden afirmar de él las cosas «siguientes:

«Lo primero, que en toda su vida no hizo pecado mortal, «y esto lo tengo por cierto desde la edad de siete años hasta «su muerte; y en cuanto á los siete primeros años (en los «cuales aun no tenia aquel conocimiento tan particular de Dios «como despues) téngolo por conjeturas, porque no es verosímil «que en aquella edad pecase mortalmente; principalmente tenién-«dole ya Dios señalado para una pureza tan grande como tuvo. «Lo segundo, que desde el séptimo año de su vida, en el cual «(como él me decia) se habia convertido del mundo á Dios, «vivió vida perfecta. Lo tercero, que jamás sintió estímulo de «carne. Lo cuarto, que de ordinario no tenia ni sentia dis-«traccion en la oracion y contemplacion, la cual por la mayor «parte tenia de rodillas sin arrimarse á nada. Lo quinto, que «fué un dechado de obediencia, de humildad, de mortificacion, «de abstinencia, de prudencia, de devocion, de pureza.

«En los últimos dias de su vida tuvo un consuelo tan «excesivo, representándosele la gloria de los bienaventurados, «que le pareció no haber durado un cuarto de hora habiendo «durado casi toda la noche. En el mismo tiempo, habiendo «muerto el P. Ludovico Corbinelli, y preguntándole yo qué «juzgaba de aquella alma, él con gran resolucion me respondió: «Pasó solamente por el purgatorio. Y conociéndole yo la con-«dicion, y cuán considerado era en sus palabras, y el recato «tan extraordinario que tenia para no afirmar lo que podia ser «dudoso, tuve por cierto que lo habia sabido por revelacion; «pero no le quise apretar más, por no darle ocasion de vana-«gloria. Otras muchas cosas pudiera decir, que dejo por no «asegurarme de mi memoria. En conclusion, yo tengo para «mí que él se fué derecho al cielo, y siempre tuve escrúpulo «de rogar por su alma, pareciéndome que hacia injuria á la «gracia de Dios que reconocí en ella; y al contrario jamás tuve

«escrúpulo de encomendarme á él, porque tengo gran confianza «en sus oraciones.

«V. R. me encomiende á nuestro Señor.

«De Palacio, á 17 de octubre de 1601.»

Roberto Card. Bellarmino.

CAPÍTULO III.

De varios milagros que Dios ha hecho por intercesion de san Luis.

No fué mi intento, cuando me puse á escribir esta historia, recoger los milagros que Dios ha obrado en diferentes lugares por los méritos é intercesion de san Luis despues de su dichosa muerte; sino sólo escoger las principales virtudes que resplandecieron en su santa vida, las cuales con la divina gracia pueden ser imitadas. Principalmente que con los que le conocieron y trataron, no crece mucho el concepto de su santidad con los milagros, por tenerle tan grande sin ellos, y porque en la estima de las personas doctas y entendidas, de mucho más aprecio son los dones sobrenaturales y exquisitos que Dios le dió en su vida, que la gracia de hacer milagros: como doctamente escribió un Padre muy letrado, habiendo leido los procesos é informaciones hechos acerca de su vida; que mandándole los superiores que diese su voto, respondió por estas palabras: *Sanctissimum sodalem hunc judico, et qui in numerum Sanctorum referatur dignissimum; nam ea munera divinitus illi concessa majora mihi videntur, quam si mortuos ad vitam revocasset*, que es decir que lo juzgaba por santísimo y dignísimo de ser puesto en el catálogo de los Santos, porque tenia por mayores los dones sobrenaturales que Dios le habia concedido, que si hubiera resucitado muertos.[6] Con todo eso, porque se vea que ni esta grandeza le faltó, contaré en este capítulo algunas gracias y milagros suyos, que hallo en las informaciones auténticas, probadas legítimamente con testigos, y sucedidos despues de su muerte, dejando otros que se refiere haberle sucedido en vida.